

## **ECUADOR: MUJERES RURALES, CAPITANAS DE LA SUBSISTENCIA**

Hace más de una década las mujeres rurales adquirieron un papel más protagónico en la economía ecuatoriana. Muchas, sin incentivo del Estado, se convirtieron en cabeza de familia. Eso dio paso a que las organizaciones de mujeres sean un medio para autoayudarse y proyectarse en función de mejorar las condiciones de vida de sus hijos e hijas. Estas son y así viven las mujeres que decidieron tomar las tierras en sus manos.

**MARÍA BÉLGICA Chela Tualombo**

*belgicach@hotmail.com*

Columnista del Periódico “El Vocero”. Coeditora de manuales de capacitación radiofónica. Gerencia del sistema de emisoras de ERPE. Posee título en Técnica Superior en Comunicación Radiofónica para el Desarrollo de la Universidad del Azuay y actualmente es Estudiante Superior de Comunicación Social de la Universidad Nacional de Loja.

“Cuando era niña mi mamá me daba de comer lo que producía en los terrenos: ocas, papas, arroz de cebada –cereal de la zona–, morocho –maíz duro–, col, que en esa época cultivaban sin químicos”, comenta Sara Sayay, de 38 años de edad, hija de padres indígenas, analfabetos y agricultores de la zona rural en la provincia de Chimborazo, cantón Colta, caserío Rumipamba. En la actualidad está casada con Manuel con quien tuvo cuatro hijos.

Mirar a Sara es como mirar la esperanza. Ella es sencillez, calidez humana y decisión. Refleja en su rostro valentía: decidió hace 23 años integrarse a la organización de mujeres en su caserío, luego a la parroquia, como coordinadora de la Red Provincial de Mujeres Indígenas y Rurales de Chimborazo, y hoy es candidata a la concejalía de su municipio.

Sara, con la sonrisa en sus ojos y mientras con sus manos teje un gorro, cuenta: “Las mujeres nos damos tiempo para sembrar, por ejemplo, yo siembro hortalizas. Al tiempo la planificamos para que podamos cumplir con el rol de esposa y madre. Primeramente existe la decisión en pareja para que funcione lo que se propone. Mi esposo me ayuda en el cuidado de los hijos y la casa cuando tengo que salir por mis responsabilidades en la organización. Así también se dialoga con los hijos para que comprendan por qué su madre tiene que ausentarse de la casa”.

En el Ecuador más de la mitad de casi 13 millones de habitantes son mujeres. En el caso de la provincia de Chimborazo, de donde proceden la mayoría de nuestras entrevistadas, de una población total de 403.500 habitantes, 213.00 son mujeres.

Desde tiempos inmemoriales, además de ejercer la maternidad, las mujeres han sido las responsables principales en la producción agropecuaria; y al igual que los hombres, participaban en actividades económicas, comunitarias y domésticas.

En las últimas décadas, con la migración a causa del deterioro de los suelos productivos, la caída de los precios de la producción agrícola, la falta de fuentes de empleo, y por cuestiones familiares, los padres, parejas o hijos varones han dejado solas a las mujeres. Como consecuencia de esto, las mujeres han asumido en su totalidad el trabajo de la tierra, crianza de animales para el sustento de la familia, aportando también a la alimentación de la población.

A pesar de ser las cultivadoras de muchos productos con altas propiedades nutricionales, poco cuentan las mujeres por su situación de pobreza y marginación, y la falta de atención de los gobiernos y la sociedad. Todo es pero por el consumismo de productos industrializados. Ya hasta las costumbres alimenticias han cambiado en los hogares de la población rural. Allí la mayoría sufre desnutrición.

## Los wawas comen arroz

En Ecuador el 62 por ciento de la población enfrenta la pobreza. Quienes habitan zonas rurales y, en particular las mujeres, desafían duras condiciones de supervivencia

económica, no cuentan con servicios básicos y tienen el mayor porcentaje de analfabetismo, según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de 2001.

La provincia de Chimborazo está considerada una de las provincias más pobres, el 44 por ciento de niños y niñas menores de cinco años que está en el campo padece de desnutrición crónica, lo que se refleja en un alto índice de enfermedades como infecciones respiratorias e intestinales y parasitosis.

“La mayor parte de las madres somos descuidadas, cuando salimos a los mercados damos a los wawas –en kichwa, niños–, bolos, colas, galletas y chupetes. Antes llevábamos la tonga con papita y máchica, morocho y cauca, en la casa igual, ahora los wawas comen arroz y fideo, por eso están desnutridos y enfermos. Esta es la mayor debilidad en el campo, no estamos conscientes de este problema. Sacamos a vender nuestros productos y compramos comida chatarra pensando que es bueno. A lo mejor hace falta que desde las autoridades socialicen, que esto no está bien; no nos damos cuenta que los niños en las escuelas, por falta de una buena alimentación, no están bien en las calificaciones”, manifiesta la señora Sara Sayay.

Lupe Ruiz, otra de las mujeres luchadoras y coordinadora de la Canasta Comunitaria en la ciudad Riobamba, provincia Chimborazo, acentúa la importancia de la educación: “Decimos que la desnutrición es por la pobreza, pero resulta que en cierta medida es simplemente engañarnos. Es porque no sabemos comer y no sabemos cocinar. En la tierra más pobre se da un producto con un alto valor nutricional como es el chocho –cereal amargo que se debe cocer y ablandar en agua–. Como alternativa de la difusión de la nutrición y alimentación en las familias es necesario hacer algo con las escuelas primarias donde se inculque la importancia de este tema”.

En el sector urbano, muchas familias buscan la manera de economizar en la adquisición de productos de primera necesidad. En varias ciudades del Ecuador se han creado las canastas comunitarias o solidarias, donde además de ahorrar se trata de comprar los productos directamente a los productores; lo que permite que se establezcan relaciones de cercanía entre quienes producen y quienes consumen.

“La Canasta Comunitaria, nos ha dado la oportunidad a los mestizos–urbanos para autoconocernos y reflexionar sobre la manera agresiva que atentamos contra la tierra que nos brinda los alimentos. La atentamos contaminando, al agua la desperdiciamos sin tener conciencia”, cuenta la señora Ruiz.

Riobamba es la ciudad donde nace una de las primeras experiencias de Canasta Comunitaria, organización que entre otras actividades, realiza compras de productos agrícolas a los productores para repartirse entre quienes la integran. Como su nombre lo indica se trata de convivir en comunidad para garantizar la alimentación y nutrición balanceada en sus familias. Este sistema permite valorar los productos de la zona y mucho más cuando las propias mujeres han emprendido la producción agropecuaria a fin de encontrar fórmulas de llevar productos a su casa.

## Revalorizando lo propio

Los archivos históricos pertenecientes a la época colonial dan cuenta de los cambios sucesivos que se producen en el uso y propiedad del suelo y la alimentación. “En las comunidades primitivas las mujeres tenían un lugar de preponderancia, ellas aseguraban la subsistencia de las nuevas generaciones” señala el documento “Mujeres Indígenas, Ayer y Hoy” de Teresa Hernández y Clara Murguialday.

La invasión española cambió el modo de vivir de hombres y mujeres. La historia cuenta de la pérdida del valor de la mujer y de su trabajo productivo, por tanto, también cambió su alimentación. Además, las tierras cambiaron de dueño y lo poco que les dejaron los españoles quedó bajo la propiedad de los hombres.

En la actualidad, pocas son las mujeres agricultoras que son dueñas de sus tierras. La mayoría de ellas trabajan en terrenos que son herencias –reparto de tierras de los padres a los hijos e hijas–, que están a nombre de sus maridos o en terrenos ajenos (trabajan al partido); lo que les quita la posibilidad de acceder a créditos, por ejemplo, para producir los suelos ya sea para el consumo interno o comercialización.

“Cuando salimos a vender en el mercado, los compradores e intermediarios no valoran nuestros productos, votan jaloneando, pellizcando y rechazan. No pagan el precio justo y ellos ganan el doble, nos maltratan...”, dice Sara Sayay. Las mujeres del sector agropecuario son las más desprotegidas, por falta de oportunidades y capacitación técnica, que no les permite mejorar la calidad de producción.

En este sentido, nuestra otra entrevistada Luz Haro, quien preside la Asociación de Mujeres de las Juntas Parroquiales del Ecuador dice: “Desde mi experiencia, en calidad de pequeña productora del sector agropecuario, doy fe del abandono y desvalorización del sudor, trabajo y esfuerzo no reconocido, ni por el Estado, ni por la sociedad ni por las mismas mujeres de la ciudad, quienes en la mayoría son indiferentes al esfuerzo y aporte de las mujeres rurales”.

A fin de plantearse alternativas, podemos darnos cuenta que la organización de las mujeres ha sido una de las estrategias locales, sobre todo en los sectores rurales. Los esfuerzos de las mujeres para organizarse no son sólo con el fin de mejorar su economía, tienen otros objetivos que están implícitos, como el compartir sus problemas, mejorar su autoestima y lo que es más, exigir el cumplimiento de sus derechos.

Al respecto, uno de los ejemplos que se desarrolla también en la provincia de Chimborazo es la empresa comercializadora de plantas medicinales Jambi Kiwa (en quichua: planta medicinal). Esta empresa es propiedad de la Asociación de Productores de Plantas Medicinales Jambi Kiwa. Tiene un largo proceso impulsado por varias mujeres y, como principal emprendedora a Rosa Guamán. Está conformada por 450 personas asociadas, de las cuales el 80 por ciento son mujeres de varios cantones –municipios– de la provincia: Alausí, Cumandá, Pallatanga y Riobamba.

Cultivan plantas medicinales, hortalizas y vegetales. En la planta procesadora preparan productos para la comercialización a nivel local, nacional e internacional (hacia Francia, España, Estados Unidos y Canadá). En los próximos años pretenden aumentar la producción, y mejorar en el aspecto social y de integración mediante nuevos productos farmacéuticos.

Guamán es una de las lideresas desde la época en que los pueblos indígenas luchaban por la liberación de la esclavitud de los hacendados, reivindicación de los derechos, tierras y educación. Muchos cabellos blancos demuestran la larga trayectoria. Su sencillez y la sonrisa ocultan sus 60 años. Su mirada fija y constante da cuenta de que su espíritu emprendedor es firme. “Jambi Kiwa no solamente valoriza el trabajo de las mujeres sino que las reconoce como personas. Ser parte de la organización da un valor, un sentido de que no es cualquier mujer. Somos mujeres emprendedoras que buscamos salir adelante”, relata Guamán.

Este proceso de lucha lo inició a los 17 años de edad, cuando agrupó a jóvenes y madres a fin de buscar alternativas en forma conjunta. Para ella siempre estuvo claro que el hecho de ser mujer no era una barrera: “Las mujeres siempre decimos no puedo, que mi marido no me deja, que los niños, que los animales, la chacra –huerto familiar–. Así nunca vamos a sacar adelante nuestra propia vida”.

Al igual que las demás mujeres de nuestra historia, ella cuenta que desde muy joven se levantaba a las cuatro de la mañana a adelantar las responsabilidades de la casa y así poder dar tiempo a la organización en la cual hacían capacitaciones y talleres. Y que eso permitió abrir su mente y eso que no tuvo la oportunidad de estudiar.

Para Aurora Ushca, presidenta de la organización de mujeres Makita Kushunchi y dirigente de varias organizaciones como la Corporación de Pequeños Productores y Comercializadores Orgánicos Bio Taita Chimborazo (COPROBICH), las mujeres tienen las cosas más difíciles: “Tenía 35 años cuando decidí formar la organización en mi comunidad con el apoyo de la hermana Chavicu –religiosa que trabajaba en las zonas rurales del sector–. Era difícil para una mujer ser parte de la directiva. Iniciamos con 25 mujeres, teníamos miedo. A otras los maridos no les permitían ir a la organización porque decían que se reúnen para chismes... Ahora ya conocemos que tenemos derechos. Derecho a nuestra identidad, a nuestra cultura. Eso nos ayuda a salir adelante y así fortalecer la organización. Las mujeres organizadas conversamos y buscamos soluciones a los problemas en el hogar, como debemos llevar adelante y defendernos”.

Ushca vive en el caserío La Silveria, parroquia San Andrés, cantón Guano. Tiene 47 años edad, cuatro hijos y está separada de su esposo. Mientras conversa de sus experiencias como dirigente, amamanta a su nieto, de quien se hizo cargo cuando su hija decidió migrar a España. La organización que dirige es integrante de la COPROBICH, asociación copropietaria de la empresa de comercialización internacional “Sumak Life” ubicada en la ciudad de Riobamba y fundada en

2006. La principal actividad de comercialización radica en la quinua orgánica en materia prima y elaborados –semicereal de las zonas alto andinas con altos valores nutricionales y que los pequeños productores empezaron a recuperar desde el año 1997 con el asesoramiento de Escuelas Radiofónicas Populares del Ecuador ERPE–, plantas medicinales procesadas en té, entre otros productos andinos de la zona. Otra experiencia que vale la pena rescatar.

## La necesidad de trabajar juntas

Históricamente, las mujeres proclamaban la necesidad de trabajar organizadamente, como decía la heroína indígena Dolores Cacuango a inicios del siglo pasado: “Nosotros somos como los granos de quinua, si estamos solos, el viento lleva lejos, pero si estamos unidos en un costal, nada hace el viento, bamboleará, pero no nos hará caer...”.

“Cuando hacemos una organización pensamos en la integración, porque no somos las que sabemos todo. Existen personas que no tuvieron la oportunidad de ir a la escuela pero en cambio, tienen mucha sabiduría. Eso es aprendizaje cuando estamos organizadas”, dice Guamán. “Para las mujeres solas es difícil, da vergüenza solicitar apoyo. Entre todas es mejor”, comenta por su parte, Ushca.

Los consumidores no tienen conciencia de que la mayor parte de productos agrícolas vienen del trabajo y sudor de las mujeres campesinas. Para ellas no hay vacaciones ni días feriados, no hay cumpleaños ni fechas especiales; todos los días del año trabajan la tierra y cuidan sus hijos.

Ermelinda Cavallana, una de las pequeñas productoras agrícolas de la provincia Chimborazo, da cuenta de cómo fue tomando conciencia ella misma de la necesidad de respetar la naturaleza: “Nuestros productos sí son un aporte para la alimentación y más que todo para la salud de quienes consumen porque está todo sano. Nos sentimos mejor, porque lo que sembramos no tiene químicos; en cambio cuando se produce con químicos tememos de nuestra salud. Nos dimos cuenta de este riesgo”. Rosa Guamán de la empresa de Jambi Kiwa enfatiza la importancia de la soberanía alimentaria. Siendo una de las prioridades de la empresa para el desarrollo de las mujeres rurales de la provincia.

Si revisamos otras experiencias a partir de organismos internacionales como la FAO –instancia de la Organización de las Naciones Unidas ONU para la alimentación y la agricultura–, específicamente el proyecto denominado “Runa Kausay” –Vida indígena–, las mujeres están desempeñando el rol de garantizar la integridad familiar y la seguridad alimentaria en el marco del respeto a la cosmovisión local como es la integralidad, es decir que participe toda la familia, según Marco Vivar, coordinador del mencionado proyecto.

“Las mujeres rurales somos trabajadoras silenciosas que aportamos a la economía nacional y llevamos los productos aunque éstos sean desvalorizados. Además la

nueva Constitución señala que para garantizar la seguridad alimentaria se debe sacar al mercado productos de buena calidad. Pero en la cultura del consumo urbano, especialmente en las clases más favorecidas, adquieren productos externos, mientras nuestros productos se pierden en la chacra”, plantea Luz Haro.

## Recuperar los productos ancestrales

Para mantener la soberanía alimentaria, es necesario que exista una promoción y recuperación de las prácticas y tecnologías tradicionales, que aseguren la conservación de la biodiversidad y la protección de la producción local y nacional. Para ello es necesario garantizar el acceso al agua, la tierra, los recursos genéticos y el desarrollo de mercados justos y equitativos, resume el documento “Ecuador: su realidad” de la Fundación José Peralta.

Recién en los últimos años, el gobierno de Rafael Correa tomó el tema y le dio impulso. En la nueva Constitución, aprobada en noviembre del 2008, la Soberanía Alimentaria consta como una Ley Macro. El 16 de febrero pasado los asambleístas aprobaron esta ley, a la cual se suman otras como las de tierra, agua, ambiente y semillas, las cuales aún están en el tapete de discusión. Varias organizaciones y grupos como la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), están haciendo frente a los grandes empresarios para que estas leyes no afecten los intereses de la mayoría.

La Ley consta de menciones específicas a la equidad de género como principio que debe guiar el conjunto de las políticas de fomento a la producción, así como una preferencia para los pequeños y medianos productores y mecanismos que refuercen su asociatividad e integración de las pequeñas propiedades. En el artículo 324, contempla la igualdad de derechos y oportunidades de mujeres y hombres en el acceso a la propiedad. Así también en el 334, manifiesta que el Estado promoverá el acceso equitativo a los factores de producción, para lo cual desarrollará políticas específicas para erradicar la desigualdad y discriminación hacia las mujeres productoras.

Se necesita del protagonismo de los sectores sociales y de las mujeres para que el nuevo texto realmente sea para la igualdad de oportunidades y la no discriminación, tal como recalca Luz Haro. Según el analista Richard Rivadeneira, para las mismas organizaciones campesinas aún es una tarea pendiente tratar el tema de las mujeres productoras. Los programas de capacitación son unos de los pocos elementos en los que están como participantes, pero sin una capacidad real de decisión sobre temáticas y contenidos. Además, se requiere que las mujeres no sólo trabajen a nivel de base sino que se esfuercen en articularse, para poder evidenciar su aporte en la producción agraria.

## Las perspectivas y los sueños

Pese a representar un gran porcentaje de la población total, las mujeres aún muestran en poca medida su aporte a la sociedad como protagonista en la seguridad alimentaria. De alguna u otra forma se mantienen marginadas; ya sea porque sus actividades no representan una actividad económica o porque las mujeres por sí mismas no valoran su actividad.

Muchas de las mujeres rurales entrevistadas no contemplan como una actividad remunerada el hecho de ser agricultoras, o ellas mismas dicen ser “solamente amas de casa” porque el agricultor es su esposo.

Las mujeres partícipes de la historia coinciden en que la organización será una de las herramientas para vencer los miedos, maltratos, la discriminación y otras formas de invisibilización. Creen que los conocimientos y las fuerzas se entretajan justamente cuando están en espacios de participación. Y que la cultura, la identidad y el entorno donde viven determinan su fortaleza.

En definitiva, la responsabilidad alimentaria históricamente ha radicado en manos de las mujeres rurales, lo cual hace que ellas sean las alimentadoras permanentes, aun cuando haya muchas que todavía desconocen su poder.